

RESEÑAS

LILJANA ARSOVSKA (ed.), *Vidas. Cuentos de China contemporánea*, México, El Colegio de México, 2013, 244 pp.

Salvo un escritor nacido en 1911, otro, en 1934, las generaciones de cuentistas fluctúan entre 1950 y 1970; es, pues, literatura joven que atravesó por cambios numerosos y complejos en la historia del país. Romer Cornejo, en su artículo sobre el periodo moderno, en la antología *Historia mínima de China*, procura recorrerlos de forma tan sencilla y puntual como es posible, pero sin duda costará a un lego en el asunto ubicar a los escritores de esta colección, cuyas vidas son otra parte de esa historia. El primer cuento es de 1936 —época de la larga marcha, luego de la invasión japonesa, antes de la segunda guerra mundial y sus secuelas—, pero su edad no le quita lo moderno; a la inversa, su naturaleza especial lo transforma casi en un documento, que reúne un fragmento de historia en la narración y una parte de la sociedad en la vida de ese año, tiempo y autor.

Si no está familiarizado con la literatura china, conviene empezar a leer este libro por el final; entre las páginas 237-244 hay biografías breves, pero completas, que ayudan, entre otras cosas, a saber si el autor es hombre o mujer, porque las transliteraciones al español, para quien desconoce la lengua original, no son de mucha ayuda. Hecho esto, hay dos modos de leer la antología: pasar de la biografía al cuento correspondiente o, de manera aleatoria, escoger un texto por el título que llame más la atención, aunque, con frecuencia, los títulos están ahí, al parecer, un poco para sorprender, no tanto para anunciar el contenido de lo que sigue.

Empecemos, pues, por los títulos. “La vida en la ciudad”, por ejemplo, podría haberse llamado “Mi vida con las bicicletas” o “Mi vida con una extraña bicicleta”; según el autor, estos aparatos abundan más que las parejas, por aquello de montar, pero no tienen el mismo destino, porque, mientras una pareja puede durar un tiempo razonable, “en una vida quién sabe cuántas

bicicletas cambiará un hombre, y las que deje atrás difícilmente tendrán un fin apropiado; no se enterrarán ni se incinerarán, se tirarán frente a un edificio, se amontonarán dondequiera. En todos los rincones alrededor de las viviendas se pueden ver esqueletos de bicicletas”. Alrededor de la bicicleta, no la suya, sino una que hacía tiempo había dejado la vida útil, se teje la vida de Tian Zhiwen y la que su imaginación teje sobre los demás.

Salvo los relatos de tipo mítico, no encuentro otro calificativo para “El arcoíris o el halo de Buda”, relato tibetano, o “La vida en la cuerda” que, por la minucia de la descripción, desplazan la narración hasta sacar la historia de su centro; en general, se recorren las líneas de manera inadvertida, simplemente para saber dónde terminará o si terminará. Ocurre en “Por un poco de calor”. Sin variar el tono ni con grandes voces, se descubre la misma historia pero a la inversa, de una pareja que no es, de un ex preso que busca, en el año nuevo nevado, cobijo del clima o para su soledad. Es un cuento ingenioso, porque el relato del presente, el diálogo circunstancial sobre lo cotidiano, une las vidas de esa pareja en la síntesis de sus pasados, apenas expuestos como al pasar.

“La prueba”, la pieza más joven, comprensible por los datos biográficos de la autora, literalmente se ubica en la modernidad, con algo que describiría como regreso del pasado o su intromisión en el presente, con el que convive a menos que se trate, realmente, de pura ficción. “Mi madre —dice la protagonista— nunca se casó de nuevo. Una vez le pregunté por qué. Me dijo que nunca quiso volver a tener suegra”. Con esa afirmación, es fácil adivinar por qué rumbos se orienta la narración: la prueba es, para una ejecutiva de estos siglos, la sumisión.

En relatos como “En la lactancia”, “El joven y el perro”, “Las manos”, “Hija adoptiva”, cuentos sobre niños, aunque no para niños, fluctúa la vida de los pueblos, las costumbres, el trato familiar, el del vecindario, sus conflictos y sus carencias. Si prescindimos de ciertos datos que los ubican en estos tiempos, podrían ser atemporales. No hay en ellos niños felices; en uno abundan los golpes, en otro la incomprensión, en uno más el abandono, temas que, con variantes, no son extraños al conjunto.

Durante la lectura, pocas veces brota la risa. Se esboza siguiendo a Tian Zhiwen con su manía por la vieja bicicleta y también con el titulado, “La temática de invierno”, porque el contenido da para eso. Zhu Shendu, científico y novelista, presidente de la Academia Estatal de Ciencias, de la Federación China de Círculos Literarios y Artísticos, de la Asociación Estatal de Escritores, debía la fama no tanto a su obra de ficción cuanto a su experiencia en *bañología*, “la ciencia de darse un baño”, que se explica a pocos párrafos de iniciado el relato:

Claro que tomar un baño no parece tener nada de extraordinario a primera vista, pero explicarlo científicamente, describirlo y resumirlo, nadie lo había hecho hasta entonces. La gente de aquel pueblo no tenía el hábito de bañarse. Según la tradición, uno se bañaba, cuando mucho, dos veces en la vida: al nacer y al morir. ¡Bueno, algunos tres veces!

Ricos, funcionarios y sabios solían hacerlo también antes de desposar a una mujer. En los primeros años del siglo diecinueve, el abuelo de Zhu Shendu, influido por los extranjeros que venían a China, declaró la guerra, valiente y sin cuartel, a la vieja tradición: construyó baños y abogó por su uso, argumentando con desenfado que el hombre podía bañarse al menos una vez al mes. Contrario a toda moral, en aquel entonces el atrevimiento estremeció la tierra, y el viejo, acusado y condenado por crímenes tales como “demagogia y engaño” y “daño a las buenas costumbres”, murió en la cárcel.

Cinco años después de su fallecimiento, el gran emperador de la dinastía Qing lo absolvió de toda culpa, y además le otorgó el título de Caballero Limpio.

Con estos antecedentes más su inequívoca vocación por lo abundante e intrascendente, durante años Zhu Shendu escribió un tratado compuesto de treinta ensayos con todas las posibles variantes del tema, más anexos. Cuando llega la competencia, con marca occidental, sobre las cuestiones que le interesan, la vida plácida de Zhu Shendu entra en la crisis que desarrolla e impregna la historia.

Pero, en general, atraviesa los relatos un matiz a veces imperceptible de drama. “Manita de gato” es el conflicto de los tiempos nuevos, representado con frecuencia, y en éste de manera especial, por el aparato de occidente, que influye desde la casa hasta el vestido: “La chica de piel blanca, ojos expresivos, poco maquillaje y pelo largo trenzado llevaba una playera negra

sin mangas llena de chaquiras, pantalón de mezclilla corto bordado, sandalias tejidas de tacón plano y una mochila”; a esta ostentación de actualidad se suman las cuatro lenguas que la joven tiene en su acervo.

Dije arriba “drama imperceptible”, porque la tensión no se aglomera; se acrecienta en detalles, palabras, frases y, cuando llega a su clímax, se sostiene en su punto más alto y ahí termina o desciende a la irresolución: la pintura rusa en “Manita de gato”, el último párrafo de “La vida en la cuerda”, la última línea de “A Jin, el magnate”.

Dos relatos representan mejor esa manera de empujar la historia, sin que los bordes donde puede aferrarse el drama salgan a la superficie: “El atuendo celestial sin costuras” y “Un hombre casado”. El primero se sostiene en la decisión, meditada a lo largo del relato, de optar por una operación que trasluce, sin muchas explicaciones, la profesión de la autora, quien dedicó años a la medicina antes de ingresar a la literatura. Al tomar la decisión, el relato corre al final previsible, que sólo ahí justifica el título.

En el segundo, se deshoja la vida de Yang Bo; no uso el verbo como metáfora. La primera hoja cae en 1989, periodo de crisis para las economías asiáticas, que lo sume en la bancarrota. Lo único que salva de su antiguo negocio es una planta de orquídea, que ubica en el balcón, único espacio abierto de su vivienda. Aparte de establecerse, en la cuarta línea del comienzo, que Yang Bo es hombre casado, tiene un hijo y vive en departamento moderno, el resto de sus características se sueltan aquí y allá: su peso, altura, reducidos después de la bancarrota, quizá ingeniero en computación, que se dedica, en el tiempo que ahora tiene libre, a escribir sobre programas, de cabeza grande, que le daba aires de soledad y melancolía, con sentido del humor; “El humor —responde— es mi estilo de vida, incluso se debe llorar con humor”; era también generoso, porque aun sin dinero invitaba a sus amigos y, según lo describe uno de ellos, “tiene elevadas aspiraciones y pensamiento profundo, también es amigable y sincero”, su manera de hablar y su comportamiento eran finos y sabía bailar.

No había, pues, razones para que la vida de Yang Bo se deshojara, pero, abstraído, “Veía las copas llenas de un polvo

gris que flotaba y se hundía, como un espejo de la existencia de la materia. Oía el imperceptible sonido de las ramas y las hojas del bonsái, que brotando y secándose imitaban el proceso de la vida”...

Cuando cae otra hoja, esta vez literalmente, en forma de la maceta con la orquídea, y comienza su vagabundeo nocturno, “sintió que ese pasado era como una película tierna, triste y ciertamente lejana”.

La hoja siguiente es el abandono de su mujer, otra más el cuidado del hijo, la penúltima es el sentido del tiempo, que pierde durante el invierno, hasta que llega el año nuevo y toma la decisión de volar como el viento desde el balcón de su casa.

El que quiera saber de jade, concéntrese en “Piedra azarosa”, relato alrededor del negocio de esta piedra, su calidad, estilo, manera de obtenerla, aunque, en especial, la de una vida que se concentra en la búsqueda del jade perfecto, que, como suele ocurrir, llega a las manos por casualidad y a destiempo.

Imposible referirme al estilo de los textos, de modo que no hay más que creer a la editora cuando advierte sobre la finura de la prosa, la energía del lenguaje, la ironía; de vez en cuando brota un dicho o algo como metáfora, gráfica más que elaborada: “bajó la cabeza como girasol”, por ejemplo, del niño que recibe incontables golpes de su abuelo y, quizá, por la naturaleza del relato, en el que más abundan las comparaciones. Podría esperarse lo mismo de “La vida en la cuerda”, sobre la que, literalmente, transcurre la de dos invidentes dedicados a cantar, al parecer poemas de tipo épico, “noche tras noche, pueblo tras pueblo”. Pero todo el relato es un símbolo de sus vidas, en las que no se trata de conservar las cuerdas, sino de que se rompan, de conseguir que reviente la milésima cuerda.

Hay aquí quince muestras, que flotan en la geografía cultural de un país enorme. Queda, sin duda, mucho por traducir y publicar, incluso de los mismos autores que participan en esta antología, con premios numerosos y distinciones internacionales. Aunque es de prever, por las confesiones de la editora en su introducción, que la tarea es compleja y laboriosa. Además, el volumen de algunas obras —pienso en las novelas de Mo Yan— puede servir para destemplan los nervios. Comenté alguna vez con Liljana, quien escogió muy bien el título, que en

vez de leer esta serie de cuartillas bastaría decir, para hacer la presentación, son buenos cuentos. Léanlos.

MARTHA ELENA VENIER
El Colegio de México

JUAN JOSÉ RAMÍREZ BONILLA (coord.), *Tailandia y México II. Primicias del Programa de Estudios sobre Tailandia en México*, México, Miguel Ángel Porrúa (col. Las Ciencias Sociales), 2013, 128 pp.

Éste es el segundo volumen que se publica con resultados del Programa de Estudios sobre Tailandia en México, que a través de la Embajada del Reino de Tailandia en México ha promovido, desde 2011, la cooperación entre instituciones académicas, asociaciones de empresas y personas con variados perfiles.

Es un libro que desde la presentación destaca los esfuerzos tailandeses por establecer áreas de interés en variados temas, que incluyen contactos académicos, comerciales y de funcionarios de gobierno. La frase clave que describiría la participación tailandesa es “decidida voluntad”, a la que podría agregarse el convencimiento, posterior a la lectura de los textos, de la importancia de encontrar estrategias comunes en materia de políticas comerciales y de relaciones exteriores.

La temática del libro resulta relevante dada la claridad de la agenda propuesta por los autores tailandeses respecto de la intención por contender con la competencia china e integrar un sistema de proveedores mexicanos en los sectores automotriz, eléctrico-electrónico, textil y de la construcción. Para México es una oportunidad de buscar contrapesos a sus relaciones con los países mayores de esa región asiática y asociaciones que podrían resultar fructíferas en el diseño y operación de nuevos mecanismos de cooperación y negociación.

Cada capítulo del libro aborda temas relevantes en materia de conocimiento mutuo, intercambio comercial, perspectivas diplomáticas e investigación. El conjunto de la información justifica el llamado para avanzar, a partir de los resultados, y